

PSICOANÁLISIS POLÍTICA Y LAZO SOCIAL¹

Adriana Hercman

Agradezco a la Comisión Directiva, a la Comisión de Transmisión y Enseñanza que nos hicieron llegar la invitación y al conjunto de los miembros de la Escuela Freudiana de Montevideo por esta invitación tan generosa a trabajar con ustedes las cuestiones con las que estoy y me vienen trabajando. Por otro lado, es una alegría muy grande verificar que lo regional toma su real dimensión en esta práctica de intercambio entre analistas que, desde distintos lugares, nos sentimos concernidos por la situación del discurso del psicoanálisis y lo que respecta a su porvenir.

Distintas cuestiones de las que vengo trabajando estos últimos años convergen y me llevan a proponer hoy este título: Psicoanálisis, política y lazo social.

Con el apoyo de diversas lecturas: trabajos de Norberto Ferreyra, lecturas de Freud, Lacan, Bataille, Klossowski, Guy Lerès, Pierre Bruno y el libro *¿Qué es la realidad?* de la Fundación del Campo Lacaniano, me fueron llevando a intentar dar respuestas de distintos ángulos a algunas preguntas, como: qué entendemos los analistas por lazo social?, por qué y en qué la política llamada del síntoma ofrece una alternativa a la actual política de mercado?

“Por el psicoanálisis, el analizante descubre que su existencia se anota como deseo y que, por lo tanto, para existir hace falta decirlo. Es aquí donde se cruzan la política del sujeto y el sujeto de la política.”

Uso estas palabras a modo de epígrafe porque ellas destacan la dimensión política del psicoanálisis que se distingue por convocar a la existencia del sujeto a través del decir haciendo así objeción a toda política que no lea en el sufrimiento subjetivo una cifra de existencia.

¹ Trabajo presentado en la Escuela Freudiana de Montevideo en 5 de diciembre de 2013.

A los analistas nos concierne lo relativo a la política y al lazo social. Sostenemos con Lacan que los lazos sociales se fundan en lo que denominó discursos y que el discurso del psicoanálisis, el último de los cuatro en llegar, funda un nuevo lazo social determinado por una práctica cuya legalidad es otra que la que rige los lazos de comunidad o de intersubjetividad. Dice Lacan en *La tercera*: “*El psicoanálisis, socialmente, tiene una consistencia distinta de los demás discursos. Es un lazo de a dos. En tanto tal, está en el lugar de la falta de relación sexual*”... “...está ligado a la verdad que hace estructura de todo discurso”

Lacan introduce la categoría de discurso a finales de los '60, en los Seminarios *De un Otro al otro* ('68-'69) y *El envés del psicoanálisis* ('69-'70). Comienza el Seminario XVI afirmando que prefiere un discurso sin palabras y comienza el seminario siguiente proponiendo la escritura de los discursos, efectivamente sin palabras. Después en 1970 en Radiofonía... fija un primer estado de la teoría.

Esta concepción del discurso flotaba en la atmósfera del tiempo en que Lacan la postula: Foucault define al discurso señalando que no es una suma de palabras sino un conjunto de prácticas que regulan una relación social.

Nos encontramos entonces con que discurso no es sinónimo de conjunto de palabras, o en ese caso debe acentuarse el hecho de que se trata de un conjunto en sentido matemático, es decir que, a diferencia de una clase, puede estar sentido matemático, es decir que a diferencia de una clase, puede estar vacío, de palabras justamente.

Un discurso permite localizar lugares, relaciones, términos que no tienen ninguna necesidad de significar. Basta distinguir cuatro lugares: 1) el agente del discurso, 2) el otro, 3) la producción del discurso, 4) la verdad del discurso y cuatro términos: \$, S1 (sujeto amo), S2 (saber) y a (plus de gozar). Mediante la rotación de los términos en los cuatro lugares que son fijos, sólo logramos dar con cuatro discursos.

Esta matriz es anti-estructuralista porque no se define como sistema por un lugar vacío que no se considera y que hace posible al conjunto tomado como sistema- universo, para Lacan no hay universo de discurso. Esto se traduce en el hecho de que su matriz presenta, entre los lugares inferiores, de la producción a su verdad, una barrera, llamada “del goce”. Es lo que Freud señala como trauma y Lacan como real. El goce es lo irrepresentable a ser alcanzado por la representación.

Si la articulación de los discursos es coherente no son más que cuatro y son esos cuatro los que hacen a la estructura. Con los cuatro discursos, Lacan apunta a encontrar la lógica del lazo social esclarecida por el lazo particular que es el lazo analítico

En “El envés del psicoanálisis”, encontramos al discurso analítico ubicado junto a los otros discursos, lo que por sí solo implica un verdadero desafío político porque entonces no se lo puede considerar como una región de saber separada o un “discurso aparte” sino que a partir de allí queda consagrado a pensarse siempre en relación a los otros discursos en una relación a la vez estructural y sincrónica.

La razón freudiana revela lo que el pensamiento corriente conforme al cogito cartesiano enmascara, y es en la medida en que el discurso analítico se define como el envés del discurso del amo que podemos conjeturar que hay épocas que dan más lugar que otras a la existencia de tal reversión.

Freud en su hora –*Análisis terminable e interminable* objetó la posición de Rank, quien bajo los efectos del sueño americano, proponía acompasar el *tempo* de la práctica analítica al “*time is money*” del próspero capitalismo de posguerra, esgrimiendo para ello las razones de este nuevo discurso que propone una conversión ética radical dando el tiempo para que alguien al confrontarse con la satisfacción paradójal que implica su sufrimiento, pueda llegar a hacerse sujeto tanto de lo que dice como del acto mismo del decir.

La nuestra es una época que se rige por una política de mercado regido por la ley de la libre empresa cuyo máximo valor es la circulación de bienes y personas. Política de mercado que toma al hablante como indiviso, un *Uno*, y llevándolo al rango de lo conmensurable y lo sustituible propio del objeto industrializado lo coloca en el lugar de objeto de consumo, a la par que promueve métodos como la evaluación y los protocolos, útiles maniobras con las que opera la sutil transformación de los seres hablantes en cosas.

Ahora bien, ni el psicoanálisis es un discurso aparte ni los analistas somos excepción. Se nos impone, como hablantes sujetos al discurso analítico y a la vez inmersos en la modalidad discursiva actual, interrogar las posibilidades de supervivencia de este nuevo lazo social y de su sujeto bajo las actuales formas de producción científico-técnicas propias del capitalismo de nuestros días. El sujeto se encuentra escindido de su saber inconsciente por el discurso capitalista que se nutre del axioma según el cual no existiría imposibilidad alguna para que el plus de gozar (a) permitiera la saciedad del sujeto, mientras que cuanto más bebe el sujeto para apagar la sed, más la aumenta.

Entiendo que la dimensión política del psicoanálisis se distingue por convocar a la existencia del sujeto a través del decir haciendo así objeción a toda política que no lea en el sufrimiento subjetivo una cifra de existencia. En el discurso del amo, el a, plus- de-gozar, producido por este discurso, sólo es satisfactorio a condición de eliminar de la realidad el síntoma que podría hacer signo de un real capaz de hacer tambalear el

fantasma. Por estas razones, el discurso del amo es el reverso del discurso analítico.

J. C. Milner en sus breves tratados de política (3), nos recuerda que hablar es política, fórmula a la que Anabel Salafia propone destacar su dimensión temporal al decir “hablar ya es política”. Podemos usar la palabra política de manera despectiva y decir por ejemplo “tal decisión es política” como forma de quitarle legitimidad pero si el hecho de hablar ya es política, entonces ya no se puede decir que no se hace política cuando se hace algo.

La política para Milner comienza cuando ya no es necesario matar al otro para poder hablar. La política es asunto de los seres hablantes pero también es una política callar y hacer callar: la que conduce al gobierno de las cosas, rompiendo los lazos del ser hablante con el no saber y con la palabra y dispensándolo así del decir y con ello de toda política. Política de las cosas que partidaria de que el Otro existe, se dedica a taponar el “agujero en el Otro”. Se trata de una política defensora de la fe, tal como definiera Lacan a la perversión en el '69.

El psicoanálisis le hace la contra a esa lógica perversa restableciendo la dimensión política de los seres hablantes. Su política se sitúa precisamente en el revés de la muda tranquilidad de los cuerpos-cosa.

Lacan presenta el llamado discurso capitalista en mayo de 1972, lo presenta falso discurso ya que hace estallar toda posibilidad de lazo a un otro. Es por entonces que afirma que lo que distingue a este discurso es el rechazo de la castración hacia afuera de todos los campos de lo simbólico.

Si el discurso capitalista forcluye la castración, la imposibilidad de saberlo todo, de decirlo todo, de no morir, si todo discurso que se emparente con el capitalismo deja de lado las cosas del amor, forcluye lo que es del orden de la fractura y de lo imposible. Ésta retorna bajo la forma del discurso analítico que sostiene que la castración es la verdad de la que el sujeto es incurable y que su existencia como sujeto dependerá de su modo singular de articular la exigencia de la pulsión a un discurso con el que establece lazo social y que solo se aprehende en el decir.

En el '69-'70 Lacan abandonaba la Escuela Normal Superior donde dictaba el Seminario *De un Otro al otro*. En este momento de su enseñanza, se dedica a hacer todo un recorrido por las referencias que le sirven para dar cuenta de la inconsistencia del Otro comenzando por servirse del concepto de plusvalía de Marx para pasar a la apuesta de Pascal, articulando la plusvalía con la función lógica del objeto a como plus- de- gozar, pérdida primera por ser la postura en juego al inicio mismo de una partida.

El Otro es ahora apenas un Otro significativo, lugar de inscripción de todo “otro” significativo que, repitiéndose indefinidamente como conjunto vacío, permite el incesante relevo de los eslabones significantes de la cadena, del texto subjetivo. El significativo de la falta en el Otro, aquí la estructura misma, nombra no sólo la propiedad fundamental del Otro de ser, en tanto tesoro, falto de un significativo. No se trata ya sólo de un “todos menos uno” sino de la falta puesta en juego indefinidamente bajo la forma del conjunto vacío a cada nueva articulación *unaria* del significativo porque este uno en el Otro no podría no implicar siempre el uno- en- más del conjunto vacío.

Lacan nombra a esta operación de constitución y vaciamiento del Otro el “en-forma” de *a*: este en- forma que da cuenta de una topología donde el objeto *a* se hace presente en el campo del Otro produciendo allí un efecto de agujero, una nueva topología del Otro que no es más un todo, no arma una totalidad que sabemos es siempre afecta a sostener totalitarismos.

La experiencia del análisis busca desintegrar la consistencia del Otro y quiebra sus identificaciones cristalizadas. Le revela la estructura de ficción con la que responde a una falta en la estructura y en la soledad de esta revelación surgen los otros, concernidos como él por la falta estructural. Se abre otra dimensión en lo social debido a que por el análisis, el sujeto se anoticia de que con su falta se inscribe en un orden común que comparte con los otros, el de la falta que resulta porque hablamos, por la que perdemos toda garantía de naturalidad.

Pierre Bruno enfatiza que partir de un Otro al otro implica seguir adelante con la pregunta respecto de cómo, por un psicoanálisis, el otro, el prójimo cotidiano, partenaire, el vecino o el extranjero, el amigo o enemigo, puede reconocerse no como un semejante (o sea, al nivel del único humanismo autorizado por el discurso del amo) sino en su alteridad irreductible

Inmersos en esta lógica de mercado propia del actual discurso capitalista, es muy difícil transmitir a quien no haya pasado por la experiencia de un análisis que el psicoanálisis no se ocupa de la persona ni del individuo sino del sujeto dividido –el mismo que surge con el advenimiento de la ciencia moderna-, sujeto afectado por un saber no sabido que se cifra en un síntoma. El síntoma, aquello que se presenta como lo inútil, que en apariencia no sirve para nada, que genera sufrimiento, se sitúa en el orden del despilfarro y condiciona la supuesta armonía de las relaciones humanas es -al mismo tiempo- lo que cifra la existencia de sujeto: el síntoma es montaje de saber no sabido y sólo el desciframiento en transferencia de la letra que lo sostiene, la lectura de la articulación de ese saber que se hace sensible como verdad, podrá–aunque de manera siempre inacabada- liberar al sujeto del goce que implica encarnar esa verdad.

Que el discurso del capitalismo sea un rechazo del amor es algo que desde distintos lugares es evaluado en sus consecuencias. Para Guy Lérès, en *“Lectura del discurso capitalista según Lacan”*, una consecuencia de esta nueva organización discursiva es la caída de los padres en cuanto a su función simbólica. Siendo que es por ser el que dona la castración simbólica que el padre sostiene su lugar, si sostenemos que el discurso capitalista forcluye la castración, ¿qué del padre? No se trata tanto de que los padres desfallecen sino que el discurso fracasa en hacer de la función de la castración algo que impida girar en redondo.

Consecuencia de este rechazo son también las nuevas formas de padecimiento subjetivo que se presentan en nuestra práctica, fenómenos que no llegan a articularse simbólicamente como síntomas. La conjunción de la ciencia y el mercado permiten intervenciones en el cuerpo antes impensables y hacen posible hacer un niño al margen del deseo y del sexo en que el hasta el mismo acto sexual se vuelve caduco para quienes se embarcan en esta empresa

En la *Proposición...* Lacan había advertido que nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por una extensión cada vez más dura de los procesos de segregación. Acaso, propongo, el goce segregatorio – como sexismo, racismo, xenofobia- sea el retorno en lo real de las cosas del amor forcluidas por la actual homogeneización del mercado y lo que empuja al creciente malestar en nuestra civilización.

Recalco lo que ya fue dicho otras veces: no se trata de una posición de reivindicación ni de denuncia, sino de la posibilidad que tenemos los analistas de -como sostiene Norberto Ferreyra en *La práctica del análisis (6)*- constatar el estado de cosas en esta actualidad discursiva, detectar y analizar el modo en que el sujeto queda tomado por las condiciones de ese discurso y los efectos que se verifican de ello en el lazo social.

Cuando las políticas de gobierno promueven prácticas asistenciales que reducen el sujeto a una cifra y anulan su singularidad proponiendo un supuesto trato igualitario, es una decisión ética de los analistas estar del lado de la política que lleva al decir y decir que no a ser una funcionario más de la política de las cosas. La evaluación se presenta hoy como un humanismo democrático de nuevo cuño, es por eso que considero de suma importancia la marca diferencial que puede producir el hecho de que haya analistas que participen del campo de la salud pública o mental, porque ello nos brinda una oportunidad para realizar una práctica clínica sostenida en la suposición de un sujeto, en la convicción del inconsciente. La política del analista será –sea donde sea que desarrolle su práctica- hacerle la contra a la política perversa objetando todo intento de enmudecer el síntoma con maniobras que lo alimentan de sentido -como proponen las psicoterapias-, todo intento de suprimirlo con estrategias de modificación de conducta -

como proponen las terapéuticas conductuales- y la administración de drogas legales que lo silencien, como proponen las neurociencias.

El psicoanálisis no se pliega al discurso del mercado y su promoción del sujeto a su estatuto de objeto resto del valor de cambio. Opone a ello la oferta de un dispositivo donde alojar el goce singular del ser hablante y - por la vía del lazo social que le es propio-, su política será la de restablecer la relación del sujeto con su no saber y con la palabra, colaborando a que la política recupere su dignidad y permitiendo que la modalidad de goce que el síntoma produce pueda ser reinventada poniendo lo inútil del goce al servicio del deseo.

Hablar, invitación que hace el analista, es entrar en un orden simbólico que nos antecede, aceptar la disipación de goce que el significante impone y anticipar la inexistencia que sobreviene si callamos. El ser que allí se afirma ya cuenta como viviente en tanto cuerpo enumerable de la política. Su inscripción en lo público es el modo en que ya cuenta en la política, ya fue inscripto con un nombre en el registro público, pero solo se cuenta a partir de su efímera experiencia con su propio inconsciente. Ya cuenta pero se cuenta??

El sujeto podrá, por el análisis, anoticiarse de que si resulta tomado por la modalidad discursiva del mercado es porque en él mismo anidan las condiciones de su posibilidad: una sumisión voluntaria a un amo despótico y a un goce sin ley. Podrá encontrarse con que hablar se hace necesario, aceptar la sustracción de goce que se produce por articularse a un discurso, reconocer su verdad en la división que marcó su entrada en el lenguaje y en la falta de falta, la señal amenazante de su inexistencia.

La ilusión de completud lleva al sujeto degradarse a nivel de las cosas, en el lugar de un objeto de consumo, pagando así esa pretendida unidad con la perversión de las condiciones en que es llamado a afirmarse. Es el encuentro con su división, con su incurable, lo que permitirá relevar a un sujeto de la condición de intercambiable, relevarlo de la sumisión que implica entrar en el circuito del mercado como signo monetario, cual moneda viviente.

Bataille describe muy bien este hecho cuando dice que el reino de las cosas está sostenido por la “propensión natural del hombre a la servidumbre”, y en esa línea encuentro en “La moneda viviente” de Pierre Klossowsky: “quien se niega a pagar el precio de la emoción voluptuosa (goce) y reivindica la gratuidad del sexo, es decir, su completud, pagará en forma centuplicada dicha gratuidad (que es la ilusión de Unidad) por la perversión de las condiciones en que es llamado a afirmarse”

Lacan indica que si hay algo que puede conmover esta posición fantasmática de completamiento del Otro es la operación del analista, que

consiste en “practicar el corte”. “El juego de la cura analítica gira en torno de ese corte respecto del sentido, en la dirección de conducir al hablante respecto del “sin sentido” de sus dichos” y del “fuera de sentido” de su goce sintomático.

El Psicoanálisis opera llevando al sujeto a afirmarse por una vía que no tiene nada de gratuita: por la vía del encuentro y la asunción de la verdad de su división, de su fractura inicial de la que es incurable y que el psicoanálisis llama castración. Hacerse sujeto de un decir es restituir la dimensión política del hablante. Entrar en un discurso, es acceder al comercio humano con la consecuente disipación de goce.

Así, la práctica sostenida en el discurso del psicoanálisis opone a la lógica de mercado la oferta de un dispositivo donde alojar el padecimiento singular del hablante. La apuesta ética del discurso analítico consiste en proponer, frente a los estragos de la civilización tecnológica, el discurso como lazo social en tanto éste sitúa y acota al objeto *a*, permitiendo la producción y separación del plus de gozar en una apuesta por el deseo orientado por lo real del goce.

El acto sostenido en el discurso del analista constituye una apuesta, donde la postura es el objeto *a*, aquello que hace agujero en el discurso corriente. Una nada que causa, encausa, y orienta el discurso. A diferencia del objeto convertido en mercancía, este objeto que es una nada no es intercambiable, no tiene reflejo especular, no hace comunidad.

Si el acto es acto de decir y el acto de decir es lo que hace existir, el acto analítico es el acto que lleva al decir lo que se tiende a rechazar. Comandado por el objeto *a*, el discurso del psicoanálisis buscará producir una enunciación que logre cavar una falta, una diferencia, allí donde reine el fantasma y cualquier política que no lea en el síntoma una cifra de existencia y atente así contra la singularidad del sujeto.

Recordemos además que el problema de la verificación del acto analítico llevó a Lacan a un verdadero acto político en que, a falta de un Otro que garantice la legalidad y los efectos del acto, propone los dispositivos del pase y la escuela. El dispositivo del pase propone un lazo social y político sostenido por la palabra y la causa freudiana.

Esta claro que no es una política que apunte a ningún “todos” –tal aspiración del psicoanálisis a incidir en la lógica colectiva es no sólo pretenciosa sino también contradictoria en su fundamento. No apunta a ningún “todos” así como tampoco apunta sólo a “algunos” sino a cualquiera que esté dispuesto a saber sobre las consecuencias que hablar, y por lo tanto callar, tienen para su vida.

Nota: Los contenidos vertidos en este artículo son responsabilidad de su autor.